

## LA ESTACIÓN DEL CAÑIZAR

por  
PINOCHÁ

Como cualquier mañana me desperté justo antes de que sonara el despertador y me preparé para comenzar la rutina diaria de ir a la universidad. Estaba estudiando Historia y como las clases empezaban pronto había que madrugar bastante.

Aún no había salido el sol pero ya había claridad suficiente para que ninguna sombra me pudiera asustar camino de la estación donde, como todos los días, cogía el tren para llegar a mi destino.

La estación estaba como siempre a esas horas, rebosante de gente que empezaba temprano su jornada laboral

o sus estudios. Usé el cupón del abono para pasar los torniquetes y me dirigí a la vía 4 que era desde donde salían habitualmente los trenes. Le faltaban un par de minutos para llegar.

Cuando llegó al andén y se abrieron las puertas bajaron unos pocos pasajeros pero fuimos bastantes más los que subimos. Me acomodé en mi sitio de siempre, cuando se viaja a diario se acaba teniendo un lugar favorito donde sentarse cuando es posible, el mío es de espaldas al avance del tren y en la ventanilla para poder apoyarme e ir cómodamente, saqué mi mp3 para aislarme de charlas, móviles que suenan, algún que otro ronquido... en fin, me sumí en el habitual letargo que me produce el traqueteo del tren en mi viaje de las mañanas. Tras la música que iba escuchando, que no llevo nunca muy alta, siempre escucho por megafonía las estaciones por las que paso, pero aquel día me despisté y no oí el aviso sino que abrí los ojos de repente y al mirar por la ventanilla para ver por dónde iba, me encontré con un paisaje muy familiar pero no el de todos los días: eran pinos, piedras y chopos, verde por todos los lados y de repente pasé al lado de los Túneles por un viaducto que nunca había visto, paralelo a la carretera, mucho más estrecha de lo que es, y llegamos a San Juan, a la Piedra del Castillo, la Era Carrera para finalmente coger el camino a la Dehesa hasta que se oyó una campanilla y una voz de hombre que avisó: "Próxima parada, El Cañizar, próxima parada, El Cañizar. Final de trayecto".

"Me pellizcaré para despertarme, porque seguro que estoy dormida" me dije, "esta noche no he dormido suficiente pensando cómo enfocar el trabajo de los pueblos en la España de los años 40 que nos ha manda el profesor Díaz y me he dormido en el tren"

El hombre uniformado de la campanilla se acercó a mí y me dijo "Señorita, tiene que bajar, el trayecto finaliza aquí..." "Una pregunta, ¿podría decirme desde cuándo funciona esta estación?" pregunté confusa, "hace apenas unos meses, se inauguró el año pasado, diciembre del 1940", ¿1940! ¿Qué había pasado?, "¿no la utiliza nadie? hoy sólo me he bajado yo" pregunté, "en las fiestas y puentes ha venido mucha gente en tren desde que funciona pero a diario no es habitual que venga alguien, sobre todo teniendo en cuenta que no vuelve a Madrid hasta esta noche" ¿esta noche! ¿Qué está pasando? ¡Tengo que salir de este sueño o lo que sea, como pueda! Pregunté si había cafetería en la estación para tomar un café y me señaló una caseta diciendo que no había nada más que un pequeño resguardo por si llovía, nevaba o hacía frío...

La verdad es que el paseo hasta el pueblo fue gratificante, y extraño. Me crucé con varias personas con las que aunque cruce varias palabras no parecieron notar mi presencia lo que me hizo pensar que la gente del pueblo entonces era poco hospitalaria y acogedora, no como ahora.

Empecé a recorrer el pueblo tratando de ver si conocía a alguien, es decir, si a alguno de los que me cruzaba los había conocido ya de mayores. Fue un juego curioso, me sonaban muchas caras y algunas en concreto cuando pasaba yo, se sonreían aunque no daban señal de verme. Cuando hube recorrido el pueblo y vi los cambios que se habían producido en los últimos 50 años, me arme de valor para ver si había alguien en casa de mis abuelos. Cuando llegué a la casa encontré a una mujer esmotando judías, que me pareció reconocer pero en cualquier caso mayor de lo que debería ser mi abuela en aquellos años. Ya iba a salir del corral pensando que lo más probable es que mis abuelos no vivieran allí cuando sonaron ruidos en el interior de la casa y una niña y un niño pequeños salieron corriendo perseguidos por su madre. "¡largo de aquí, a jugar hasta la hora de comer!" les gritó, "estos niños a veces sólo estorban, madre, la escuela deberían acabar más tarde" le dijo a la otra mujer, "sólo son niños" contestó esta. Claro, pensé, es mi bisabuela, y la que grita, mi abuela, ahora las reconozco por las fotos que he visto. Faltaba poco para el mediodía y la mujer más joven, mi abuela, estaba dentro la casa haciendo lo que creía que era la comida porque se oían ruidos del fuelle al soplar sobre la lumbre, las tenazas y las trébedes al ponerse sobre el fuego y mi bisabuela seguía fuera cuando empezaron a llegar poco a poco personas al corral, primero los niños que se habían ido a jugar que se lanzaron sobre la mujer mayor y la comieron a besos, luego un par de chicos mayores con unos atadillos ya casi vacíos que también saludaron a la mujer y a los que esta dijo: "id lavándoos que pronto llegará vuestro padre y el abuelo". El padre y el abuelo tardaron un poco más porque la mula venía muy cargada de leña que habían aprovechado a recoger de camino a la casa. La descargaron los jóvenes mientras los mayores se refrescaban y pronto la mujer de la cocina grito que abrieran paso y la ayudaran con las trébedes. Salieron con ellas y las pusieron en un corrillo rodeado de asientos y la sartén fue a parar encima. Repartieron servilletas y cucharas y sacaron el porrón con vino para los mayores comenzando a comer unas ricas judías con arroz todos de la sartén. Entre risas, tragos de vinos y comentarios de cómo había ido la mañana transcurrió la comida, yo mientras, me comí un bocadillo que había preparado para comerme a media mañana. En el fondo hacía ilusión aunque se hacía extraño, comer con la familia, con los que conoceré, con los que nunca conocí. Cuando todo el mundo había comido, la mujer que yo sabía que era mi abuela, le dio a uno de los niños pequeños una carta para que la leyera ya que no sabía leer y el niño mayor, que estaba entonces aprendiendo, de forma entrecortada fue diciendo: "La Pepi y yo estamos muy contentas porque los señoritos nos han dicho que estas Navidades podremos ir a visitaros y pasar unos días con vosotros, os llevaremos caramelos y turrón y algo de ropa nueva y a la moda, como se lleva en la capital. Os escribiremos más veces pero iremos descontando los días que faltan para veros. Besos y abrazos para todos" Las mujeres se emocionaron y los hombres aunque trataban de esconderlo, también, los más pequeños ya sólo pensaban en los caramelos y el turrón y se podía cortar la añoranza que flotaba en el ambiente. Tras la carta los ánimos se tornaron más felices y unos se sumieron en una pequeña siesta mientras las mujeres recogían y fregaban los cacharros. Ellas luego, cogieron unos cántaros y fueron a la fuente a por agua, ¡Dios mío, qué fuerza y qué pulso para llevarlos! Los hombre se fueron a los huertos a cavar y preparar nuevos cultivos y las mujeres fueron con ellos a recoger los que estaban a punto. Me fui con todos y me gustó observar lo alegres que trabajaban a pesar de lo duro de sus tareas y que todos colaboraban en recoger y echar a la cesta, o haciendo caballones y sembrando verduras de temporada, incluidos los niños. Los

hombres se volvieron a la casa con todo lo recogido para dejarlo y bajar a tomarse unos vinos a la cantina antes de la cena y las mujeres y los niños siguieron de paseo por el campo aprovechando para coger romero, tomillo, espliego y todas esas clases de hierbas que ahora vienen envasadas y sin olor siquiera. Me fui con ellas porque siempre me ha gustado pisar por el campo y levantar el aroma de las plantas.

Caía el sol cuando llegábamos a la casa yo con mi mochila y ellas cargadas de aromas. Los hombres y los niños estaban allí sentados en el corral, hablando del día y comentando las conversaciones que habían mantenido en la cantina y los chicos jóvenes, volvían entonces de la escuela donde por las tarde a última hora el maestro se prestaba a enseñarles a leer y a escribir...

Empezaron con los preparativos de la cena y, tan agradable era estar con ellos, que casi olvido que faltaban poco más de media hora para que saliera el tren de vuelta a Madrid.

PINOCHÁ -3

Salí casi corriendo aunque me paré un momento para decirles un último adiós y por un instante pensé que la niña pequeña me miraba y me sonreía como si me viera.

Llegué a la estación con apenas luz y comprobé que la locomotora ya estaba preparada para salir en apenas unos minutos.

Busqué al hombre de la campanilla para enseñarle el abono transporte pero en ese momento me di cuenta que aquello no valdría para subir al tren, ni siquiera podría comprar el billete con unos euros que entonces ni siquiera se podía imaginar que fueran a existir algún día. En fin Confíe que el revisor me permitiera subir si le contaba mi historia aunque no la creyera: "Señor, no puedo explicar lo que me ha pasado hoy, pero por favor, aunque no puedo pagar el viaje, déjeme coger el tren de vuelta a Madrid" dije compungida, "no se preocupe, claro que puede subir, espero que lo que ha aprendido y visto hoy le sirva para mucho y aproveche el día de estancia en nuestro pueblo de 1941, no todo el mundo tiene la oportunidad de coger el "tren del pasado" por un día. Suba ya, que va a salir. Que tenga un buen viaje."

Subí al tren y elegí mi asiento de siempre, de espaldas y en la ventanilla. Iba yo sola en el tren de madera y según me senté y me coloqué el mp3 para escuchar música, sonó un largo pitido y salimos de "la estación del Cañizar"

El pueblo ya se veía prácticamente a oscuras cuando pasamos al lado y poco a poco según salíamos de los Túneles me empecé a sumir en un sueñecillo producido por el cansancio del día cuando al poco rato, o eso me pareció, escuché por megafonía una voz: "próxima parada, Atocha, correspondencia con todas las líneas de cercanías y línea 1 de metro"

No supe que pensar en aquel momento pero me bajé del tren y en lugar ir rápidamente a coger el metro para ir a la universidad, pues sólo habían transcurrido 40 minutos desde que saliera de casa por la mañana, decidí tomarme un café, esta vez sí, en uno de los muchos sitios que hay en la estación y pensar un poco en lo que me había ocurrido.

Días después presenté al profesor Díaz un trabajo titulado "Un día con mi familia del 41" en la que contaba se podía ser pobre y trabajar duro pero mientras la familia se apoye y se quiera.

Ahora, cuando paso por el Cañizar, escucho aquel tren que me llevó hace unos años al pueblo y recuerdo cómo era la gente, los aromas, los colores, las familias, todo tan distinto y tan parecido a la vez a hoy en día.